

Cartel de la Feria de Sevilla

POR

JOAQUIN ROMERO-MURUBE



Al cumplirse el siglo de su institución, parece que la Feria de Sevilla ha querido reunir toda la esencialidad de sus encantos, toda la copiosa variedad de sus matices, para demostrar cómo, aunque vieja—centenaria ya—, hay en ella posibilidades de perdurabilidad constante e inacabable trascendencia.

Un tiempo característico de Feria, es decir, un sol en el que ya empieza a cuajar el oro de los estíos densos y fecundos de Andalucía; una gestión municipal unánimemente reconocida como inmejorable,

y una concurrencia que se anuncia desbordante, cosmopolita y heterogénea, hacen prever una de las Ferias abrileñas sevillanas más ricas y famosas.

¿Cómo es posible que los sevillanos hayan llegado a crear este poema de luz y alegría, sobre la base de un vulgar fenómeno económico? Porque no conviene olvidar que el origen de la feria sevillana se limitaba en sus comienzos—de hace ahora un siglo— a la transacción y venta de ganados. Y que sobre esta base mercantilista, común a todas las zonas de marcada potencia rural o ganadera, los sevillanos han sabido encender una fiesta de

tales seducciones y atractivos, que más que feria de Sevilla puede hoy llamarse, sin excesiva hipérbole, la fiesta de la alegría universal.

Los sevillanos, que nunca salen de su ciudad, jamás llegan a tener conciencia exacta de esta alegría, porque hay que ir fuera y alejarse un poco para valuar debidamente el goce de ciertas presencias. Tal vez sea la luz, tal vez sea una recóndita armonía indescifrable de la que sólo percibimos los efectos externos y arrolladores. Aquí se siente el paso de la vida, la gravitación de nuestro fenómeno vital en el cosmos. Aquí percibimos cómo nuestra sangre, nuestra palabra y nuestra risa van engastadas y fundidas en el curso de los días. Hay un alma en las calles y en las plazas. Hay rincones de los jardines y los barrios donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama. Hay atardeceres de una riqueza fastuosa, de un lujo cromático exuberante, en los que vibramos dulcemente anegados en la grandiosidad de los arcos siderales. No creemos que haya placer en el mundo comparable a esta embriaguez deliciosa de la Feria de abril en Sevilla.

Siempre fué esta Feria motivo de atracción para encumbrados personajes. Lord Byron, por ejemplo, guarda de ella, no

un recuerdo arqueológico y remoto, sino una sensación inmediata que le presta matices y resonancias para muchos de sus versos y poemas. El vivió en Sevilla intensa y apasionadamente, a tal extremo que cuando llegó la hora de su partida una sevillana le hizo objeto de la ofrenda más rendida y delicada que puede hacerse: sus trenzas olorosas, tibias y opulentas.

Los viejos papeles y grabados nos hablan de las Ferias isabelinas, en las que príncipes e infantitos lucían sus atavíos camperos, jinetes sobre horizontes sevillanos, y cuyo perfume lejano y evocador nos llega hoy a través de los trazos de un Villamil o de un Domínguez Bécquer. Al cortejo real se sumaron siempre los cortejos de los grandes, de los potentados, de los nombres más célebres. En una luz traspasada de esencia de azahar y fundidos en la onda de la cordialidad sevillana, los nombres más preclaros del mundo pasaron por el albero del ferial: es Alba con Marconi el inventor; es Zuloaga con Belmonte; era Rubinstein con Bacarissas...

No hace más de un año, quien estas líneas escribe descubrió entre los abigarra- dos grupos de las casetas de la Feria de Sevilla al más fuerte y agudo de los actuales escritores de España, D. José Or-

tega y Gasset. No pudimos resistir la tentación de preguntar al ilustre filósofo su opinión sobre aquel desusado conjunto... Estaba perplejo y maravillado. Estimaba que aquel espectáculo, único en el mundo, tenía raíces y motivos mucho más hondos y trascendentales de lo que la gente creía a primera vista. Y pedía holgura en sus trabajos, para dedicarle las páginas que le dictaban aquel delirio vital, ordenado y previsto en sus menores movimientos, como una danza ritual lejanísima, interpretada, a una vez, por todo un pueblo en el mejor momento de su alegría...

Muchas veces nos hemos parado a pensar de dónde nace esta fuerza, esta atracción de la Feria sevillana, en mayor auge cada año, y cada vez más alejada por las circunstancias de sus veneros fundacionales. Quizá no sea otra la razón que el profundo sentido vital de Sevilla, ciudad que no olvida todo lo que debe a su natural emplazamiento en pródigos campos y abiertos horizontes, que le hablan constantemente de la más inmediata y hermosa manifestación de la fuerza eterna: la germinación, el renacer cósmico de las tierras en el aire primaveral que nos trae la flor, el fruto y la semilla. Así, la Feria sevi-

llana alcanza un sentido jocundo, infinito, casi religioso. Y este sentido vital, exuberante, de latido cósmico que trascala a la sangre de los sevillanos, explica la desbordante alegría, la danza, el cante, y el vino y el júbilo inacabable. Y los motivos esenciales de la Feria serán aquellos que dan nobleza y prestigio al campo: el caballista, el ganadero, la estampa campesina, e incluso la gitanería, humano accidente colorista y pasional de todos los caminos, cuya habitación trashumante tiene un techo de estrellas y luceros de verdad.

La alegría de la Feria pasa como pasa esta familia zíngara por todos los campos y por todos los caminos. ¿Es este sentido de lo transeúnte lo que obliga a que el traje de gitana se haya aceptado femeninamente como de rigor en la Feria?

Hablar del traje de gitana, y de la belleza de la mujer andaluza, de la mujer de la Feria, nos llevaría al más delicioso laberinto: el laberinto de la gracia y del encanto. Resistamos la tentación. Contemplemos esta Feria de Sevilla, este hito sublime de la alegría de un pueblo que sabe fundir el ritmo eterno de los campos en germinación de frutos con un aire de danza y de cante y de cordialidad sin límites.

J O A Q U I N R O M E R O - M U R U B E